

# Trazos del recorrido junto al profesor Pedro Durant

***Nos ha dejado una profunda huella, donde muchos discípulos y él mismo aprendieron que la mejor estrategia docente es aquella en que se enseña haciendo; en este caso, haciendo ecología y promoviendo la conservación de los recursos naturales.***

***Jaime E. Péfaur \****

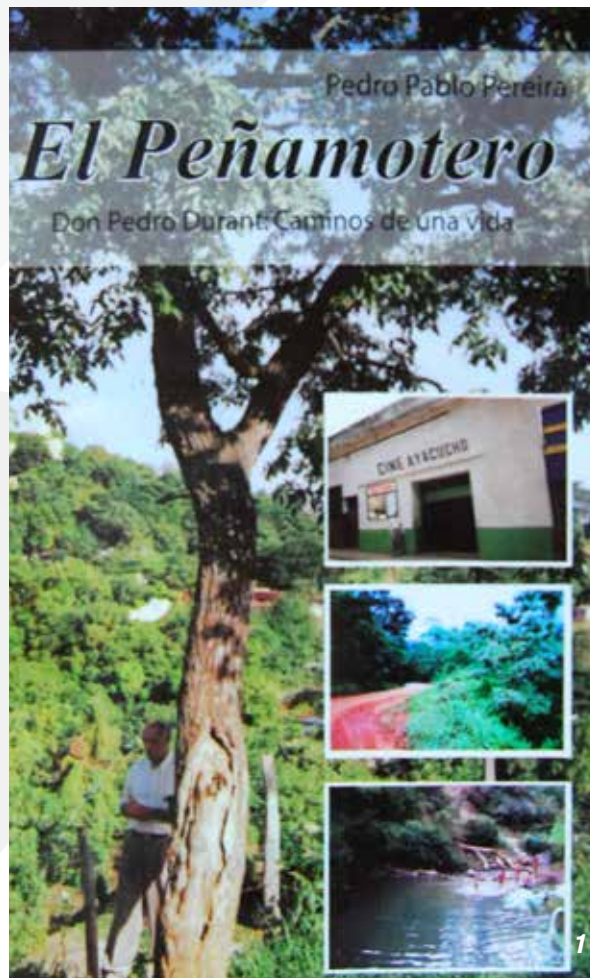


La composición profesional de los docentes de la Universidad de Los Andes es tremendamente diversa, respondiendo al amplio panorama de actividades que cubren sus facultades y profesiones. Entre ellas está el amplio campo de la biología, donde destacan aquellos que orientan sus investigaciones hacia el campo de la naturaleza. Allí se encuentra el profesor Pedro Durant, docente de larga data dedicado a las labores docentes e investigativas, y por tanto, formador de numerosas generaciones de licenciados en Ciencias y en Educación, amén de unos cuantos otros provenientes de carreras tan distintas como la medicina y la economía. La captación de tan diversos alumnos está basada en la filosofía que Durant utiliza en su enseñanza: Se aprende haciendo, se aprende conociendo lo nuestro.

Es interesante conocer la vida del profesor Durant; ella está descrita con prolijidad y sentimiento en el libro “El Peñamotero” Don Pedro Durant: caminos de una vida”, de Pedro Pablo Pereira. De manera pausada y tranquila este autor nos muestra el recorrido de la infancia y la juventud de Durant, desde sus orígenes en Valle de la Pascua hasta sus estudios universitarios en Caracas. Allí señala que luego esa persona morena, alta y flaca, ajustó muy bien como profesor en el Liceo Unda, de Guanare, y en el Liceo Libertador, de Mérida, antes de integrarse como docente a la Facultad de Ciencias de

la Universidad de Los Andes. En el Liceo Libertador deja profunda huella, donde muchos discípulos y él mismo aprendieron que la mejor estrategia docente es aquella en que se enseña haciendo; en este caso, haciendo ecología y promoviendo la conservación de los recursos naturales. En este liceo funda el Centro de Ciencias, experiencia que le permite cobijar a aquellos estudiantes interesados en las ciencias naturales y en profundizar sus estudios acerca de la ecología andina. Esta experiencia la repetirá en otras instituciones de educación media del estado Mérida, y algunos de los bachilleres la proyectarán y fundarán en la Universidad de Los Andes, como un preámbulo a la creación de una institución para la enseñanza y la investigación de las Ciencias: entre ellos estaban José Francisco Muñoz, Fernando Gabaldón, José Espinoza, y Nairo Aspúrua, entre otros.

Pedro Durant ingresa como docente a la ULA en los tiempos en que la Facultad de Ciencias aún era un Centro de Ciencias, con intención básicamente docente, que contaba con connotados profesores, como Juan Puig, José A. Sánchez Crispín, José Alvarez Torres, James O’Callaghan, Raúl Estevez, Antonio Tineo, Alida Ismallel, Arturo Birbal, entre otros. Posteriormente este Centro pasa a ser Facultad de Ciencias, bajo la dirección de Antonio Luis Cárdenas, donde vino una pléyade de inves-



tigadores extranjeros y venezolanos como José Vicente Scorza, Cecilia Dagert, Alba Díaz, Eldrys Rodulfo, Francisco Gil, Raúl Estévez, Juan Silva, Guillermo Sarmiento, Maximina Monasterio, entre otros. Estos iniciadores de la germinativa Facultad de Ciencias se proponían desarrollar una institución de alto nivel de preparación para la investigación de los fenómenos físico-químicos y de los recursos biológicos de la región merideña. Durant integra el equipo profesoral del Departamento de Biología, que inicialmente se alojaba en el edificio Palomares, en el sector de la Av. Tulio Febres Cordero, frente de la antigua Facultad de Ingeniería. Luego, ese Departamento es mudado al Edificio de Bioquímica de la Facultad de Medicina, antes de instalarse definitivamente en el Núcleo de La Chicera en el año de 1981.

Al incrementarse el interés por el medioambiente y la conservación, aparece de manera natural la creación del Grupo de Ecología Animal dentro del Departamento de Biología de la Facultad de Cien-

cias, del cual Durant fue su primer Jefe, imprimiéndole características asociadas a sus necesidades de investigación. Para ello tutoriaron a discípulos y buscaron personal preparado para integrarlos a las aulas y a los equipos de investigación.

Entre 1965 y 1967 Pedro Durant viaja a Estados Unidos a realizar sus estudios de maestría en la Universidad de Michigan, USA. Allí aprende los valores de la taxonomía y de la museología, relacionándose con diversos profesores e investigadores norteamericanos, lo que le permitió más tarde establecer contactos e intercambios profesoriales que vinieron a enriquecer la vida del Grupo de Ecología Animal. Con uno de ellos, J.W. Dole, realiza sus primeros trabajos sobre los anfibios de la región merideña, lo que se establece como una de las líneas de investigación más persistente en su vida académica.

En el año 1978, cuando la Universidad estaba en una fase de crecimiento acelerado por el beneficio de las exportaciones petroleras, el Departamento de Biología de la Facultad de Ciencias, aprovecha una salida al exterior del profesor Durant para encargarle hacer una selección de personal extranjero para activar más líneas de investigación en Ecología Animal. Pedro Durant iba a presentar una ponencia sobre los anfibios de las selvas nubladas en el mayor de los congresos de esa especialidad que se hubiese organizado hasta entonces. La reunión ocurría en la Universidad de Kansas, en Lawrence, Kansas, USA. Allí él seleccionó a Janetlee Caldwell, de USA, a Antonio Vivas, de Venezuela, y a Jaime E. Péfaur, de Chile, para contratarlos como profesores de Ecología Animal. Caldwell renunció a venir, Vivas decidió irse a la Universidad Simón Bolívar una vez en Venezuela, y sólo Péfaur llega a la Universidad de Los Andes. Mi contrato era por tan sólo un año, pero los desafíos ambientales y sociales fueron tales, que hoy, 36 años después me encuentro escribiendo esta reseña del profesor Pedro Durant. Desde esos tiempos hemos estado juntos en una colaboración armoniosa en congruencia con los demás miembros del Grupo de Ecología Animal, del Departamento de Biología de la Facultad de Ciencias de la ULA.

A lo largo de su carrera profesional el profesor Durant mantiene variados intereses científicos, pero todos girando alrededor de tres ejes: la zoología,

la ecología y la conservación, practicando tres estrategias: demostrar la zoología, reconocer la ecología y vivir la conservación. Sus estudiantes, sobre todo aquellos jóvenes de liceo o de reciente ingreso a la universidad, se entusiasmaban con las demostraciones del gigantesco reino de la zoología, de las cuales hacía gala cuando llegaba a un charco de agua, donde los protozoos, los caracoles y los gusanos, los anfibios y los peces se entremezclaban en una red infinita de relaciones alimentarias. Para los más experimentados, se reservaba un discurso descriptivo de los ambientes y de su historial de transformación. Para todos, iba (y va) su discurso ferviente acerca de la conservación de los recursos, del cuidado de la naturaleza, en respuesta a la acción destructora del *Homo sapiens*, y de la necesidad de la educación ambiental para reencauzar nuestra vida, para volver al gozo de las cosas mínimas y simples.

Yo conocí a Pedro Durant cuando él ya estaba formado científicamente, cosa que nunca ha reconocido pues él es un eterno aprendiz. Y como estaba formado, me enseñó mucho en los primeros meses luego de mi arribo a Venezuela, mostrando con orgullo su territorio y las criaturas del entorno. Hicimos tres viajes dentro del occidente venezolano que me marcaron para siempre, ya que mi preparación biológica era ajena a lo tropical, que es lo que él se esforzó en mostrarme.

Su pasión por entonces era visitar y estudiar los páramos andinos, sobre todo el Páramo de Mucubají. Eran tiempos en que llegar hasta allí tomaba tres o cuatro horas y más si íbamos tomando notas o fotografías de lo que observábamos o colectábamos. Atravesar Tabay, Mucurubá, Mucuchíes y Apartaderos era todo un recorrido de rico valor antropológico, acompañado del conocer acerca de las antiguas explotaciones de trigo, de las diversas lenguas habladas, de las experiencias sobre la introducción de la trucha arcoíris en los gorgojeantes arroyos, de las imponentes cumbres nevadas de la Sierra de Mérida, y de los (para mí) extraños marsupiales rabipelados, muchos encontrados muertos en la carretera. Allí, en ese páramo, brillaban en octubre los frailejones despidiendo un sabroso aroma a mentol. Los conejos de ese ambiente entusiasmaban al científico Durant, quien estableció una experiencia con un corral denominado “se-



**Pedro Durant en Páramo de Mucubají 1982**

miencierro” para criar a esas criaturas silvestres y con ello develar los secretos de su reproducción; gran parte de su producción científica escrita se ha referido a éste y otras especies de conejos de Venezuela. Adicionalmente, la poesía ambiental no le debe haber sido ajena ya que escogió el nombre de una de las más bellas flores parameras para llamar a su última hija: Azorella.

Desprenderse de la cordillera andina y llegar a los llanos barinenses, era (y es aún) uno de sus viajes favoritos. Viajar por la Carretera Trasandina, apreciando las impresionantes Selvas Nubladas de la vertiente llanera de la Cordillera de Los Andes, cortadas en trozos por arroyos cristalinos y ríos profundos, producía una admiración por la geología y la vegetación de Venezuela. Aprecié como disfrutaba de los llanos barinenses que le ofertaban las sabanas donde estudiaba a los ratones de los bajíos, así como disfrutaba de los



**Contribución Científica del Profesor Durant. Algunos animales estudiados (conejos y ranas amarillas de las selvas)**

bosques húmedos de la Selva de El Caimital, donde tesoneramente profundizó los conocimientos sobre las extrañas y dulces ratas cantoras, *Proechimys* en su nombre científico, y casiraguas en su denominación popular. Para mí fue sorprendente encontrar anfibios de múltiples formas e infinidad de aves que dan colorido al verdor selvático. El Caimital ha sido defendido de la voracidad de los terrófagos con el escudo de los estudios hechos por Durant quien, junto a otros biólogos e ingenieros forestales, han levantando la bandera de su conservación para dedicar esa selva al estudio y la investigación de su biodiversidad.

No menos sorprendente fueron las experiencias y paisajes conocidos en un tercer viaje exploratorio inicial que se hizo hacia la Zona Sur del Lago de Maracaibo. Los caminos en el territorio merideño eran estrechos y de tierra o apenas cubiertos por una capa deteriorada de asfalto, pues aun no se inauguraba La Variante, ni menos aún la actual carretera de los túneles. El Vigía todavía era apenas un puñado de casas de precaria arquitectura y construcción. Nuestro destino era Santa Cruz del Zulia y de allí, casi a monte traviesa, hasta quizás lo que hoy es El Guayabo y Casigua – El Cubo. Era el trópico en su esplendor en aquellos tiempos. El sol, la vegetación y la fauna eran sorprendentes. Los días eran asoleados y muy calurosos; por ello Durant madrugaba en demasía y se recogía en las tardes. La infinidad de palmas autóctonas que se extendían por los campos sin fronteras, acogían

a esa sorprendente fauna donde los reptiles eran mayoría: nos entusiasmaban las tortugas, las serpientes y las babas, que había que evitarlas para no atropellarlas por esos caminos casi infinitos; en sus ciénagas abundaban los chigüires y las garzas. Años después nos hemos vuelto a encontrar en esos ambientes, ya todos modificados y transformados en potreros cuadrículados con alambres, sin palmas (o reemplazadas por palmeras africanas para producir aceite), y ya casi sin fauna. Él estudiando ratones, yo estudiando a las serpientes venenosas.

Así ha sido. El profesor Durant ha continuado estudiando la fauna venezolana, con importantes contribuciones científicas sobre los conejos, las ratas casiraguas, los grandes lagartos mato de agua, los sapitos acollarados y las ranas amarillas de las selvas. Pero su pasión ha sido siempre la docencia –de preferencia aquella no formal y la difusión del conocimiento conservacionista. Esta dualidad lo ha llevado a crear la Cátedra Libre Francisco Tamayo, donde se aprende haciendo, y a desarrollar y mantener contra todos los vientos e incendios a su querida “Aula Ambiental” que es el Cerro de La Bandera, situada a las espaldas de la Facultad de Ciencias en La Hechicera. La persistencia y constancia en trabajar allí con niños y niñas de diversas edades, sembrando pacientemente árboles y arbustos, desentrañando los secretos de la flora y de la fauna de las laderas de ese cerro, ha sido posible por la colaboración infatigable de su compañera, Elida Arellano.



**Personal Profesional, Técnico y Secretarial del Grupo de Ecología Animal.**

Un docente de la Facultad de Medicina de la ULA ha señalado que el profesor Pedro Durant “formó una generación, dio formación a un grupo de gente que estábamos con él, permitió que aprendiéramos a hacer no solamente la ecología y no sólo la conservación, sino que aprendiéramos un modo de vida, un modo de actuar vital”. Quién se expresaba así es uno de los discípulos vitales que formó el profesor Durant en esta Universidad, el médico José Francisco Muñoz, en una entrevista que le hacía el profesor Carlos Camacho en 2003. Describió en profundidad el quehacer de Pedro Durant: formar generaciones de gente, enseñando ecología y conservación, que aprendieron a vivir una vida plena.

Durant ha recibido todos los honores que a los profesores universitarios se les puede otorgar. Sin embargo, creo que lo que más le gusta que le reconozcan es su dedicación a la Conservación. Él viene de la Escuela de Francisco Tamayo, para encontrarse en Mérida con la Escuela de Arturo Eichler, asentada en la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (Faces) y con la del Doctor José Antonio Uzcátegui, de la Facultad de Medicina de la Universidad de Los Andes. Estas tres raíces conforman a Pedro Durant y lo hacen un baluarte de la ciencia de la conservación. De aquí han salido brotes posteriores que a riesgo de no ser exacto y completo, me atrevo a mencionar a Jaime Grimaldo, Carlos Camacho, Manuel Guevara, Elida Arellano, Judith Piñero, Robinson Pérez y varios miembros del Grupo de Ecología Animal.

Ya hace unos cuantos años el profesor Pedro Durant se jubiló, con el acendrado propósito de estudiar con mayor tranquilidad y convertir sus notas recogidas durante largo tiempo en publicaciones útiles para la ciencia y la sociedad. Su colaboración en uno que otro curso de la Facultad de Ciencias siempre es requerida, para beneficio de tantos estudiantes. Probablemente para ellos será su actual obra en preparación: un texto de zoología, hecho con ejemplos venezolanos, que intenta proyectar a la biodiversidad de Venezuela hacia un conocimiento universal, que ha sido una de sus más permanentes aspiraciones durante toda su trayectoria docente. Estoy seguro que hasta sus últimos días seguirá impartiendo su máxima docente: aprender haciendo.

**\* Autor: Jaime E. Péfaur**

Grupo de Ecología Animal, Departamento de Biología Facultad de Ciencias Universidad de Los Andes, Mérida. **Email:** pefaur@ula.ve

**Fotos 2 y 5:** Cortesía de Jaime E. Péfaur.

**Fotos 1, 3 y 4:** Cortesía de Pedro Durant.